

Domingo de Ramos

Fecha: 1-4-2007

Procesión: Mc 19, 28-40

En aquel tiempo, Jesús echó a andar delante, subiendo hacia Jerusalén. Al acercarse a Betfagé y Betania, junto al monte llamado de los Olivos, mandó a dos discípulos, diciéndoles: "Id a la aldea de enfrente; al entrar, encontraréis un borrico atado, que nadie ha montado todavía. Desatadlo y traedlo. Y si alguien os pregunta: "¿Por qué lo desatáis?", contestadle: "El Señor lo necesita".

Ellos fueron y lo encontraron como les había dicho. Mientras desataban el borrico, los dueños les preguntaron: "¿Por qué desatáis el borrico?" Ellos contestaron: "El Señor lo necesita." Se lo llevaron a Jesús, lo aparejaron con sus mantos y le ayudaron a montar.



Según iba avanzando, la gente alfombraba el camino con los mantos. Y, cuando se acercaba ya la bajada del monte de los Olivos, la masa de los discípulos, entusiasmados, se pusieron a alabar a Dios a gritos, por todos los milagros que habían visto, diciendo: "¡Bendito el que viene como rey, en nombre del Señor! Paz en el cielo y gloria en lo alto."

Primera lectura: Is 50,4-7

⁴ El Señor me ha dado una lengua de discípulo para que sepa sostener con mi palabra al abatido.

Cada mañana me espabila el oído, para que escuche como los discípulos.

⁵ El Señor me ha abierto el oído, y yo no me he resistido ni me he echado atrás.

⁶ Ofrecí la espalda a los que me golpeaban, mis mejillas a los que mesaban mi barba; no volví la cara ante los insultos y salvazos.

⁷ El Señor me ayuda, por eso soportaba los ultrajes, por eso endurecí mi rostro como el pedernal, sabiendo que no quedaría defraudado.

Salmo responsorial Sal 21, 8-9. 17-18a. 19-20. 23-24 (R/.: 2ª)

R/. Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?

Al verme, se burlan de mí,
hacen visajes, menean la cabeza:
«Acudió al Señor, que lo ponga a salvo;
que lo libre, si tanto lo quiere.» R/.

Me acorrala una jauría de mastines,
me cerca una banda de malhechores;
me taladran las manos y los pies,
puedo contar mis huesos. R/.

Se reparten mi ropa,
echan a suertes mi túnica.
Pero tú, Señor, no te quedes lejos;
fuerza mía, ven corriendo a ayudarme. R/.

Contaré tu fama a mis hermanos,
en medio de la asamblea te alabaré.
Fieles del Señor, alabadlo;
linaje de Jacob, glorificadlo;
temedlo, linaje de Israel. R/.

Segunda lectura: Flp 2,6-11

⁶ El cual, siendo de condición divina, no consideró como presa codiciable el ser igual a Dios.

⁷ Al contrario, se despojó de su grandeza, tomó la condición de esclavo y se hizo semejante a los hombres.

Y en su condición de hombre, ⁸ se humilló a sí mismo haciéndose obediente hasta la muerte, y una muerte de cruz.

⁹ Por eso Dios lo exaltó y le dio el nombre que está por encima de todo nombre,

¹⁰ para que ante el nombre de Jesús doble la rodilla todo lo que hay en los cielos, en la tierra y en los abismos,

¹¹ y toda lengua proclame que Jesucristo es Señor, para gloria de Dios Padre.

Evangelio: Lc 22,14_23,56

[Llegada la hora, se sentó Jesús con sus discípulos, y les dijo:

- He deseado enormemente comer esta comida pascual con vosotros antes de padecer, porque os digo que ya no la volveré a comer hasta que se cumpla en el Reino de Dios.

Y, tomando una copa, dio gracias y dijo:

- Tomad esto, repartidlo entre vosotros; porque os digo que no beberé desde ahora del fruto de la vid hasta que venga el Reino de Dios.

Y, tomando pan, dio gracias, lo partió y se lo dio diciendo:

- Esto es mi cuerpo, que se entrega por vosotros; haced esto en memoria mía.

Después de cenar, hizo lo mismo con la copa diciendo:

- Esta copa es la nueva alianza sellada con mi sangre, que se derrama por vosotros.

Pero mirad: la mano del que me entrega está con la mía en la mesa. Porque el Hijo del hombre se va según lo establecido; pero ¡ay de ése que lo entrega!

Ellos empezaron a preguntarse unos a otros quién de ellos podía ser el que iba a hacer eso. Los discípulos se pusieron a disputar sobre quién de ellos debía ser tenido como el primero. Jesús les dijo:

- Los reyes de los gentiles los dominan y los que ejercen la autoridad se hacen llamar bienhechores. Vosotros no hagáis así, sino que el primero entre vosotros pórtese como el menor, y el que gobierne, como el que sirve. Porque, ¿quién es más, el que está en la mesa o el que sirve?, ¿verdad que el que está en la mesa? Pues yo estoy en medio de vosotros como el que sirve.

Vosotros sois los que habéis perseverado conmigo en mis pruebas, y yo os transmito el Reino como me lo transmitió mi Padre a mí: comeréis y beberéis a mi mesa en mi Reino, y os sentaréis en tronos para regir a las doce tribus de Israel.

Y añadió:

- Simón, Simón, mira que Satanás os ha reclamado para cribaros como trigo. Pero yo he pedido por ti para que tu fe no se apague. Y tú, cuando te recobres, da firmeza a tus hermanos.

Él le contestó:

- Señor, contigo estoy dispuesto a ir incluso a la cárcel y a la muerte.

Jesús le replicó:

- Te digo, Pedro, que no cantará hoy el gallo antes que tres veces hayas negado conocerme.

Y dijo a todos:

- Cuando os envié sin bolsa ni alforja, ni sandalias, ¿os faltó algo?

Contestaron:

- Nada.

Él añadió:

- Pero ahora, el que tenga bolsa que la coja, y lo mismo la alforja; y el que no tiene espada que venda su manto y compre una. Porque os aseguro que tiene que cumplirse en mí lo que está escrito: «Fue contado con los malhechores». Lo que se refiere a mí toca a su fin.

Ellos dijeron:

- Señor, aquí hay dos espadas.

Él les contestó:

- Basta.

Y salió Jesús como de costumbre al monte de los Olivos, y lo siguieron los discípulos. Al llegar al sitio, les dijo:

- Orad, para no caer en la tentación.

Él se arrancó de ellos, alejándose como a un tiro de piedra, y, arrodillado, oraba diciendo:

- Padre, si quieres, aparta de mí ese cáliz. Pero que no se haga mi voluntad, sino la tuya.

Y se le apareció un ángel del cielo que lo animaba. En medio de su angustia oraba con más insistencia. Y le bajaba el sudor a goterones, como de sangre, hasta el suelo. Y, levantándose de la oración, fue hacia sus discípulos, los encontró dormidos por la pena, y les dijo:

- ¿Por qué dormís? Levantaos y orad, para no caer en la tentación.

Todavía estaba hablando, cuando aparece gente: y los guiaba el llamado Judas, uno de los Doce. Y se acercó a besar a Jesús.

Jesús le dijo:

- Judas, ¿con un beso entregas al Hijo del hombre?

Al darse cuenta los que estaban con él de lo que iba a pasar, dijeron:

- Señor, ¿herimos con la espada?

Y uno de ellos hirió al criado del sumo sacerdote, y le cortó la oreja derecha.

Jesús intervino diciendo:

- Dejadlo, basta.

Y, tocándole la oreja, lo curó. Jesús dijo a los sumos sacerdotes y a los oficiales del templo, y a los ancianos que habían venido contra él:

- ¿Habéis salido con espadas y palos a caza de un bandido? A diario estaba en el templo con vosotros, y no me echasteis mano. Pero ésta es vuestra hora: la del poder de las tinieblas.

Ellos lo prendieron, se lo llevaron y lo hicieron entrar en casa del sumo sacerdote.

Pedro lo seguía desde lejos. Ellos encendieron fuego en medio del patio, se sentaron alrededor y Pedro se sentó entre ellos.

Al verlo una criada sentado junto a la lumbre, se le quedó mirando y le dijo:

- También éste estaba con él.

Pero él lo negó diciendo:

- No lo conozco, mujer.

Poco después lo vio otro y le dijo:

- Tú también eres uno de ellos.

Pedro replicó:

- Hombre, no lo soy.

Pasada cosa de una hora, otro insistía:

- Sin duda, también éste estaba con él, porque es galileo.

Pedro contestó:

- Hombre, no sé de qué hablas.

Y estaba todavía hablando cuando cantó un gallo. El Señor, volviéndose, le echó una mirada a Pedro, y Pedro se acordó de la palabra que el Señor le había dicho; «Antes

de que cante hoy el gallo, me negarás tres veces». Y, saliendo afuera, lloró amargamente.

Y los hombres que sujetaban a Jesús se burlaban de él dándole golpes.

Y, tapándole la cara, le preguntaban:

- Haz de profeta: ¿quién te ha pegado?

Y proferían contra él otros muchos insultos.

Cuando se hizo de día, se reunió el senado del pueblo, o sea, sumos sacerdotes y letrados, y, haciéndole comparecer ante su sanedrín, le dijeron:

- Si tú eres el Mesías, dínoslo.

Él les contestó:

- Si os lo digo, no lo vais a creer; y si os pregunto, no me vais a responder.

Desde ahora el Hijo del hombre estará sentado a la derecha de Dios todopoderoso.

Dijeron todos:

- Entonces, ¿tú eres el Hijo de Dios?

Él les contestó:

- Vosotros lo decís, yo lo soy.

Ellos dijeron:

- ¿Qué necesidad tenemos ya de testimonios? Nosotros mismos lo hemos oído de su boca.]

El senado del pueblo, o sea, sumos sacerdotes y letrados, se levantaron y llevaron a Jesús a presencia de Pilato. Y se pusieron a acusarlo diciendo:

- Hemos comprobado que éste anda amotinando a nuestra nación, y oponiéndose a que se paguen tributos al César, y diciendo que él es el Mesías rey.

Pilato preguntó a Jesús:

- ¿Eres tú el rey de los judíos?

Él le contestó:

- Tú lo dices.

Pilato dijo a los sumos sacerdotes y a la turba:

- No encuentro ninguna culpa en este hombre.

Ellos insistían con más fuerza diciendo:

- Solivianta al pueblo enseñando por toda Judea, desde Galilea hasta aquí.

Pilato, al oírlo, preguntó si era galileo; y al enterarse que era de la jurisdicción de Herodes, se lo remitió. Herodes estaba precisamente en Jerusalén por aquellos días.

Herodes, al ver a Jesús, se puso muy contento; pues hacía bastante tiempo que quería verlo, porque oía hablar de él y esperaba verlo hacer algún milagro.

Le hizo un interrogatorio bastante largo; pero él no le contestó ni palabra.

Estaban allí los sumos sacerdotes y los letrados acusándolo con ahínco.

Herodes, con su escolta, lo trató con desprecio y se burló de él; y, poniéndole una vestidura blanca, se lo remitió a Pilato. Aquel mismo día se hicieron amigos Herodes y Pilato, porque antes se llevaban muy mal.

Pilato, convocando a los sumos sacerdotes, a las autoridades y al pueblo, les dijo:

- Me habéis traído a este hombre, alegando que alborota al pueblo; y resulta que yo le he interrogado delante de vosotros, y no he encontrado en este hombre ninguna de las culpas que le imputáis; ni Herodes tampoco, porque nos lo ha remitido: ya veis que nada digno de muerte se le ha probado. Así que le daré un escarmiento y lo soltaré.

Por la fiesta tenía que soltarles a uno. Ellos vociferaron en masa diciendo:

- ¡Fuera ése! Suéltanos a Barrabás.

(A éste lo habían metido en la cárcel por una revuelta acaecida en la ciudad y un homicidio.)

Pilato volvió a dirigirles la palabra con intención de soltar a Jesús. Pero ellos seguían gritando:

- ¡Crucifícalo, crucifícalo!

Él les dijo por tercera vez:

- Pues, ¿qué mal ha hecho éste? No he encontrado en él ningún delito que merezca la muerte. Así es que le daré un escarmiento y lo soltaré.

Ellos se le echaban encima pidiendo a gritos que lo crucificara; e iba creciendo el griterío.

Pilato decidió que se cumpliera su petición: soltó al que le pedían (al que había metido en la cárcel por revuelta y homicidio), y a Jesús se lo entregó a su arbitrio. Mientras lo conducían, echaron mano de un cierto Simón de Cirene, que volvía del campo, y le cargaron la cruz para que la llevase detrás de Jesús.

Lo seguía un gran gentío del pueblo, y de mujeres que se daban golpes y lanzaban lamentos por él.

Jesús se volvió hacia ellas y les dijo:

- Hijas de Jerusalén, no lloréis por mí, llorad por vosotras y por vuestros hijos, porque mirad que llegará el día en que dirán: «Dichosas las estériles y los vientres que no han dado a luz y los pechos que no han criado». Entonces empezarán a decirles a los montes: «Desplomaos sobre nosotros», y a las colinas: «Sepultadnos»; porque si así tratan al leño verde, ¿qué pasará con el seco?

Conducían también a otros dos malhechores para ajusticiarlos con él.

Y cuando llegaron al lugar llamado «La Calavera», lo crucificaron allí, a él y a los malhechores, uno a la derecha y otro a la izquierda. Jesús decía:

- Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen.

Y se repartieron sus ropas echándolas a suerte.

El pueblo estaba mirando.

Las autoridades le hacían muecas diciendo:

- A otros ha salvado, que se salve a sí mismo, si él es el Mesías de Dios, el Elegido.

Se burlaban de él también los soldados, ofreciéndole vinagre y diciendo:

- Si eres tú el rey de los judíos, sálvate a ti mismo.

Había encima un letrero en escritura griega, latina y hebrea: «Éste es el rey de los judíos».

Uno de los malhechores crucificados lo insultaba diciendo:

- ¿No eres tú el Mesías? Sálvate a ti mismo y a nosotros.

Pero el otro le increpaba:

- ¿Ni siquiera temas tú a Dios, estando en el mismo suplicio? Y lo nuestro es justo, porque recibimos el pago de lo que hicimos; en cambio, éste no ha faltado en nada.

Y decía:

- Jesús, acuérdate de mí cuando llegues a tu Reino.

Jesús le respondió:

- Te lo aseguro: hoy estarás conmigo en el Paraíso.

Era ya eso de mediodía y vinieron las tinieblas sobre toda la región, hasta la media

tarde; porque se oscureció el sol. El velo del templo se rasgó por medio. Y Jesús, clamando con voz potente, dijo:

- Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu.

Y, dicho esto, expiró.

El centurión, al ver lo que pasaba, daba gloria a Dios diciendo:

- Realmente, este hombre era justo.

Toda la muchedumbre que había acudido a este espectáculo, habiendo visto lo que ocurría, se volvían dándose golpes de pecho.

Todos sus conocidos se mantenían a distancia, y lo mismo las mujeres que lo habían seguido desde Galilea y que estaban mirando.

[Un hombre llamado José, que era senador, hombre bueno y honrado (que no había votado a favor de la decisión y del crimen de ellos), que era natural de Arimatea y que aguardaba el Reino de Dios, acudió a Pilato a pedirle el cuerpo de Jesús. Y, bajándolo, lo envolvió en una sábana y lo colocó en un sepulcro excavado en la roca, donde no habían puesto a nadie todavía.

Era el día de la preparación y rayaba el sábado. Las mujeres que lo habían acompañado desde Galilea fueron detrás a examinar el sepulcro y cómo colocaban su cuerpo. A la vuelta prepararon aromas y ungüentos. Y el sábado guardaron reposo, conforme al mandamiento.]

Del libro “ Seguir a Jesús en la vida Ordinaria “ Javier Garrido Domingo de Ramos

1. Situación y contemplación

La liturgia del domingo de Ramos se caracteriza por el contraste entre la procesión triunfal, que aclama al Rey mesiánico, y la celebración de la Pasión, entrada en la figura del Mesías «siervo de Yahvé», humilde y tratado como maldito.

El contraste refleja la situación-límite del hombre y sus cuestiones últimas: ilusión y frustración, triunfo y fracaso, adhesión y rechazo, vida y muerte, etc.

El contraste refleja el drama íntimo de las relaciones entre Israel y su Mesías: tantas expectativas puestas en el Reino y tanta ceguera cruel ante los caminos de Dios!

El contraste refleja el plan de Dios, que primero ofreció el Reino pacífico y no-violento a los hombres; pero sólo lo entendieron «los pequeños». A través de la cerrazón del corazón humano, el Dios fiel hizo lo inaudito: transformó el fracaso y la injusticia en fuente de Salvación.

En ese punto de apoyo, la obediencia de Jesús hasta la muerte (primera lectura, salmo y segunda lectura), hecho uno de nosotros, se concentra la historia de Dios y del hombre: el amor fiel de Dios, que asume el infierno del hombre (representado por cada escena: traición de Judas, negación de Pedro, juicio arbitrario de los judíos, venalidad de los romanos, violencia y sarcasmo de todos, sufrimiento físico y soledad de Jesús, etc.), y el amor de Jesús al Padre y a los hombres, que «todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta», incluso cuando su Dios le abandona a su propia suerte (Evangelio).

¿Era necesario llegar hasta aquí? La respuesta siempre estará velada a los racionalistas o a los que no aceptan la condición humana. Sólo los que, al sufrir,

confían y, confiando, descubren en sí mismos la fuerza del amor, están «en la onda» de la Pasión.

2. Reflexión

La meditación de la Pasión ha sido desvirtuada con frecuencia:

— o bien porque ha quedado reducida al acontecimiento de la Redención, ocurrida hace dos mil años, es decir, a una creencia abstracta y dogmática;

— o bien porque está asociada al recuerdo piadoso y sentimental del héroe del sufrimiento (como en el teatro clásico, cumple una función catártica: proyectamos en él nuestros dramas interiores y sociales);

— o bien porque la interpretamos sólo como memoria crítica de tantas situaciones de opresión del hombre de hoy, haciendo de Jesús el modelo más significativo del militante social.

La meditación de la Pasión debe integrar:

1) la Lectura realista, plenamente humana, de lo que ocurrió en Jerusalén: conflicto exacerbado con las autoridades religiosas y políticas; contexto mesiánico, en torno a la Pascua, que propiciaba situaciones límite...

En este sentido, actualizar la Pasión significa ver retratada en cada escena de la Pasión tantas realidades que nos rodean (la violencia irracional, el manejo de las masas por parte de los poderosos, los inocentes siempre perdedores...).

2) La lectura teológica, que percibe en esa dinámica tenebrosa la presencia salvadora de Dios.

Sólo hay una realidad que dignifica e ilumina con un nuevo sentido tanto horror: la fe en Jesús, el Mesías que cargó sobre sí nuestros crímenes y nos reveló el amor inaudito de Dios.

Es difícil dar la vida incluso por un hombre de bien. Dios nos ha mostrado su amor haciendo morir a Cristo por nosotros cuando aún éramos pecadores (Rom 5,6-11).

3. Praxis

Que vaya resonando estos días en tu corazón alguna de estas frases:

— «Me amó y se entregó por mí» (Gál 2).

— «Nos amó hasta el final» (Jn 13).

— «Ofrecí el rostro como pedernal, pero no quedaré avergonzado» (Is 50,7).

— «Realmente, éste era Hijo de Dios» (Mt 27,54).

TEXTO DE FRANCISCO (Admonición 6ª 1-3)

(Texto sugerido por SEBASTIAN)

¹¹Y la voluntad del Padre fue que su Hijo bendito y glorioso, que él nos dio y que nació por nosotros, se ofreciera a sí mismo por su propia sangre como sacrificio y hostia en el ara de la cruz; ¹²no por sí mismo, por quien fueron hechas todas las cosas (cf. Jn 1,3), sino por nuestros pecados, ¹³dejándonos ejemplo, para que sigamos sus huellas (cf. 1 Pe 2,21).